

UNA CRUEL

PERSONAJES

EL DOCTOR.

LA JOVEN.

EL ENFERMO.

ESCENA ÚNICA

Azotea cubierta de cristales, de una casa en la costa mediterránea. Se ve á un lado gran extensión de bosque y al frente el mar, que solicita incansable la cercana playa, arrullándola con su único inextinguible canto amoroso, monótono, adormecedor. Comienza á caer la tarde en un sedoso crepúsculo de primavera. El sol besa ya la verde lejanía del agua, arrancando á la glauca superficie, animada por mórbidas ondulaciones, móviles reflejos purpúreos. La brisa llega henchida de los hálitos vitales del bosque, y en el ambiente inflamado vibran gérmenes voluptuosos, heraldos del triunfo de la Naturaleza que resucita del letargo invernal. Sobre varios de los lujosos muebles hay búcaros con crisantemos blancos, violetas, lirios, y el perfume penetrante y enervador pesa sobre todas las cosas como una caricia.

La Joven, apoyada en el alféizar de uno de los amplios ventanales, deshoja distraídamente una camelia: la luz aureola su figura dominante de mujer hermosa en plena vida. De vez en vez, un movimiento de inquietud ó fastidio dice que no le son gratas las palabras del Doctor, palabras acusadoras y terribles, que sur-

gen con una gravedad justa realizada por su figura apostolar de anciano. La Joven rie á veces con forzada risa agresiva, mientras la voz del viejo persiste en el humano bien aconsejar. Hay un simbolo en la conjunción de las dos figuras. Ella, reclinada violentamente en una posición que acentúa la línea sensual de su cuerpo, parece un irresistible parásito ó una bella encarnación maléfica; en la gran estatura erguida del Doctor, en su noble cabeza nevada, en las cadencias reposadas y solemnes de su hablar y en sus amplios ademanes serenos hay algo patriarcal y sacro.

EL DOCTOR.

Lo que usted hace es inaudito, cruel: un crimen premeditado y aleve, que se prevale de la impunidad de un caso no legislado aún. Usted mata á ese hombre: cada caricia que le prodiga ó le consiente es un chorro de la existencia que debiera ser consumida gota á gota. Y sin embargo... ¡Pobre atáxico! ¿Quién dijera que en su cuerpo hoy enflaquecido vivió una virilidad pujante y que en su triste cabeza caída hubo un cerebro genitor?... Todo eso ha ido usted destruyendo con perseverancia infernal. Es usted un vampiro sibarita y sádico, que se complace en dejar un resto de sangre á sus víctimas para go-

zarse en sus sufrimientos. Tiene usted sobre la conciencia la responsabilidad moral de un asesinato... ¿Por qué no mitiga su culpa haciéndole felices las últimas horas? ¿No comprende la injusticia de su crueldad?...

LA JOVEN.

Me pide usted un imposible... ¿Volver á ser suya?... ¡Oh, no, no! Lo tengo irrevocablemente decidido.

EL DOCTOR.

Mire usted: hemos llegado á una situación donde la red de la etiqueta no puede amortiguar los golpes dictados por la conciencia y el deber. Voy, pues, á hablarle olvidándome de que es usted una dama y yo un caballero; voy á hablarle como una idea á otra idea... Pero atiéndame, no se distraiga, que pronto concluyo.

LA JOVEN.

¡Ah!... Me había abstraído. Cuando miro la fuerza inagotable con que besa el mar al duro acantilado de la playa, me olvido de todo... Ya atiendo, siga, siga usted...

EL DOCTOR.

Es usted un caso muy raro. Créame, yo que he tenido ocasión de observar complicados casos fisiológicos y morales, me sorprende ante usted. Tal vez esa su admiración del mar potente cifiendo á las rocas sin cansarse y de las rocas dejándose ceñir con resistencia nunca aminorada sea una simbólica aspiración de su ser, y una causa del desastre que me ha hecho conocerla. Usted leyó las novelas pletóricas de pasión y de fuerza, de un hombre, y sin considerar que la producción de aquellos libros pudiera en ilusorias fiestas eróticas agotarle, se casó con el novelista... Después... ¿Á qué he de referirle yo la historia triste?... Usted iba llena de vida, sanguínea, potente—como las rocas—á ser la segunda mujer de un hombre viudo de sus novelas, de un mar que ya había besado todas las playas, dejando en cada una un poco de su medula, un poco de su virilidad... ¿He falseado mucho los hechos?

LA JOVEN.

No, efectivamente...

EL DOCTOR.

Pues si así reconoce usted la verdad, procure reparar en parte la falta. Desposéase de ese egoísmo de mujer exigente y joven, y admita los últimos días en su lecho á quien ha encontrado la muerte en él. Esto es lo que por mi conciencia y por su ruego vengo á pedirle. Él no se queja de su pronta inevitable muerte, no. Sólo quiere concluir su vida donde pasó los más funestos y agradables momentos de ella; cubierto por la misma sábana que cubra el adorado cuerpo; acariciado por el effluvio de la carne triunfante; tal vez intentando besar, en el postrer estertor de su agonía, cada uno de los vivos encantos de su ingrato verdugo... La muerte hará muy pronto una viuda, y bien vale una vida ofrendada el sacrificio de unas noches de miedo.

LA JOVEN.

¿De miedo?...

EL DOCTOR.

Sólo el miedo la mueve á no hacer esa gran caridad.

luminoso tras del cual no sabía si estaba ó ya no estaba ella. Los faroles surgían borrosos entre la neblina. Mi aspecto era sin duda irregular, pues me fueron precisas muchas explicaciones para desvanecer las sospechas del vigilante. Después platicamos largo tiempo dando mil giros á conversaciones fútiles, temeroso de hallarme solo. De tarde en tarde se dejaba oír la voz de algún vecino y entonces reanudaba yo mis paseos. Se desarrollaba la noche con abrumadora lentitud, lentitud increíble, verdadera noche polar. Para distraer el tiempo, entregábame á pueriles combinaciones: quieto en la esquina, me prometía no abandonar el sitio hasta que pasaran diez transeuntes. Cruzaba uno, después de largo tiempo otro, otro más tarde y perdida la paciencia volvía del acuerdo y daba algunas vueltas entregándome al poco rato á combinaciones análogas. Todo mi pasado, cuando joven de espíritu las grandes quimeras del desear eran en mí, adquirió extraordinario relieve en la memoria. Lo recorría lleno de tristeza, sólo deteniéndome en los fastos: la muerte de mi amada, la publicación del primer libro, el día que recibí carta de Elvira. El balcón iluminado aparecía en lo alto inescrutable; la luz iluminábalo serenamente, sin oscilaciones. Del final de la calle llegaron gritos agrios, gente pendenciera que hizo precisa la interven-

ción del vigilante. Me acerqué casi por instinto: Raúl Giner y un amigo suyo reñían por divergencia de opiniones acerca de Nietzsche. Quedé estupefacto. ¿Había quien riñera por esas cosas? Interpuse mi amistad con el sereno y éste accedió á llevarse al desconocido mientras yo remolcaba á Raúl. Nos dirigimos á una taberna, donde el nombre de Raúl fué llave de la puerta cerrada. Nunca le había visto tan beodo. Su andar y su palabra eran torpes; de todo él desprendíase un vaho repugnante. No pude sustraerme á la curiosidad.

—¿Pero no habías cambiado de vida?

—Sí; pero me era insostenible. Hubiera muerto de tener horas para todo, hasta para comer. Comprendo que soy un anormal. Ahora bebo mucho más, pero sólo aguardiente.

Sentí un placer perverso al verle de nuevo encanallado. En la taberna mostréme malamente obsequioso. Cada copa que le veía beber acallaba algo en mi conciencia. Allí estuvimos tal vez dos horas. Yo le dejaba de tiempo en tiempo para dar un paseo por mi calle. Luego, poseído de una convulsa cordialidad, le referí toda mi historia, que no sé si escuchó siquiera. De pronto me acometió un acceso de tos y hube de salir del establecimiento.

Reclinado en la pared, quise contener la es-

vida, me secuestró en pueblos muertos donde era imposible tratar á nadie, y me asedió brutalmente, bestialmente, como un fauno, hasta... Luego aquí, ¿usted no sabe mi martirio de aquí? Me ha perseguido cobarde, con sus celos pasivos, con sus despreciables sospechas que, de convertirse en certidumbres, no hubiese tenido fuerzas ni valor para vengarlas... Celos absurdos que le han llevado á las más indignas ridiculeces... En esta habitación había una estatua. ¿No recuerda usted? Era un discóbolo, la efigie de un hombre musculoso, fuerte, sin inteligencia, pero lleno de vida, y él, el hombre de talento, la ha hecho quitar taimadamente, temiendo que me hiciera más patente su inutilidad, ó quién sabe si me incitará á una conjunción monstruosa... Él no quiere que yo traiga flores porque hablan del amor y de la vida; ha tenido la grosería de abrir siempre que viene el mozo de la labranza próxima; ha sospechado de una amiga, y el otro día corrió las cortinas del mirador, porque aquí cerca, en la playa, unos marineros hacían ejercicios de fuerza... Todo eso y su impotente debilidad han tenido que sufrir mis veintiocho años...

EL DOCTOR.

¡Es horrible!

LA JOVEN.

¡Sí, horrible! *(Silencio. El Doctor, hundida la venerable cabeza entre las manos, medita. Ella se apoya más enérgicamente en el alféizar y mira hacia el mar. El Sol se ha ocultado tras la lejanía y ha habido un momento en que su gigantesco disco cercenado ha semejado el hombro de un efebo glorioso. El varillaje de oro y de luz ha ido abriéndose, abriéndose, hasta desaparecer como tragado por la línea indecisamente verdosa del confin. Una claridad vaga, misteriosa y azul envuelve todo en su velo sutil de irrealidades. Llegan más acentuados los perfumes de la floresta. De pronto, debajo de uno de los plintos de las cornisas surge un murciélago negro, agorero, trágico, que en la ondulación inquietadora de su vuelo torpe golpea con las alas el agua que brilla fosfórica y terrible. Silencio.)*

EL DOCTOR

¡María!...

LA JOVEN

(Sin moverse.) Diga usted. *(Hay una pausa.)*

EL DOCTOR

¿Accederá?...

LA JOVEN

No.

EL DOCTOR

¿Tanto le odia usted?

LA JOVEN

Mucho.

EL DOCTOR

¡Pobre de él!

LA JOVEN

¡¡Pobre de mí! (Silencio.) Él muere por haber gozado excesivamente de la vida y yo pronto llegaré á la vejez sin poder aromarla con un recuerdo apasionado de la florida edad... ¡Oh juventud, primavera que no vuelves tras del invierno!... Le odio, sí, le odio, y es un odio de muerte por cada uno de los años que pasaron.

EL DOCTOR

(En voz baja, como un eco tan lejano como la evocación.) Edad florida que no vuelves... ¡Oh juventud!... (De nuevo turban la quietud del paisaje

silente otros murciélagos, que en las cabalísticas curvas de su volar escriben en el aire los caracteres invisibles de una profecía. Se oye un ruido impreciso, vago, semejante al que produce una puerta abierta en sigilo. Amortiguados por la distancia, llegan los aullidos lagrimeantes de un perro. Chilla con finebre estridor un ave marina. Cae el biombo que oculta la entrada y tras él, arrastrándose miserablemente, con el desmedrado cuerpo calofriado por una convulsión continua, con los ojos vidriosos y siniestros naufragando en las grandes ojeras fundidas de su faz, extendidos los brazos, delgados, cadavéricos y humildemente deseosos, aparece el Enfermo, que ha estado escuchando la escena y dice:

¡Perdón!... ¡Perdón!...

(Cae la noche.)